

4 XI 1922



Trono y cátedra

El lector que conozca mi obra «Del sentimiento trágico de la vida» recordará acaso lo que en ella digo del hombre vertical, el único mamífero vertical — como que ésta podría ser su mejor definición zoológica — y todo lo que de esa verticalidad se deriva: el uso de las manos, que le quedan libres; el poder articular palabras; el poder tener un cerebro más pesado, y como de ello provienen para la mujer los dolores del parto. Y hay otra circunstancia accesoría que debe el hombre a la verticalidad de su posición y es el poder sentarse en silla o asiento. Los animales no se sientan así; cuando no están de pie, o mejor: de patas, se tienden o acuestan.

No parece, sin embargo, que el sentarse en poyo, tajo, asiento o silla, sea ni general ni primitivo. Cuenta don Simbaldo de Más, ministro que fué de España en Pequin, en un libro curiosísimo sobre las cosas de China, que dándole apuro ver que sus criados se sentaran, o más bien se acurrucaran en el suelo, en cuclillas o con las piernas cruzadas, les regaló unos asientos, y sirvió para encontrarlos al día siguiente otra vez en cuclillas, pero sobre los asientos. Eso de sentarse a la europea moderna no parece muy natural.

Desde luego los antiguos griegos y romanos se reclinaban más bien para comer y conversar y leer y escribir. Las *clinas* eran una especie de sofás en que se podía hasta dormir. Lo de poner el cuerpo en 4 ó en Z no les gustaba. Y tengo yo un amigo médico, aficionado a las hipótesis paradójicas e improbables, que sostiene que el sentarse así, en silla, es lo que más ha contribuido al desarrollo del reuma y a las malas digestiones. «Un hombre — suele decirme — que se esté más de una hora sentado en silla de una manera correcta, sin cruzar una pierna sobre otra, sin inclinarse a un lado, créame, no es una persona normal; es algo de estatua egipcia».

Entre los antiguos griegos la silla de sentarse así, correctamente, o mejor se diría: solemnemente, a modo de estatua egipcia o de juez, se llamaba *thronos*. El trono no era sino la silla de respeto, con brazos y con respaldo. Y de trazado recto. Sus patas eran verticales; su respaldo vertical. Este el asiento del hombre de calidad, del rey por ejemplo. El de su mujer, el de la reina o señora noble, tenía patas y respaldo curvos y se llamaba *clismo*. El juez, el que dictaba justicia — y no era otro el rey — había de sentarse en una silla, más bien sillón, derecho, rectilíneo como la justicia misma. Y como solía ser alto, para dominar desde él a los demás, se le ponía a los pies un escabel. Y el mamífero vertical,

sentado así, en un sillón de brazos y de respaldo parece como que está en un potro. Hacedle pronunciar desde él un discurso y veréis lo que resulta. ¡Un discurso de cátedra!

Porque cátedra no significa más que asiento, sillón y si se quiere trono. La cátedra es una especie de trono y el trono a las veces se convierte en cátedra. Degenerando en ambos casos uno y otro. De la voz *cathebra* derivan las francesas *chaire* = púlpito y *chaise* = silla. Y nuestra voz *cadera*, que de asiento pasó a designar la parte del cuerpo con que el mamífero vertical se asienta. A la silla se le llama en portugués *cadeira* y en catalán *cadira*.

Se dice de las aves que también se sientan, ¿pero se sientan de verdad? ¿Una paloma perchada está sentada? Por lo menos no se sientan al modo del hombre cuando le cuelgan las piernas del asiento.

El sentarse no es, sin duda, una cosa muy natural. Es más bien algo histórico. Y acaso empezó como postura de preminencia, como actitud de juez, y luego quisieron todos darse aires de príncipes y el trono ha llegado a ser algo muy común.

Un pantalón o una chaqueta colgados de una percha son algo muy ridículo, pero ¿no te has detenido nunca, lector, a contemplar una butaca o un sillón vacío, sin nadie en él? Y aun más un sillón con una pata rota, cojo.

El orador antiguo, clásico, hablaba en tribuna, en estrado, paseándose. Nuestros predicadores religiosos, aquí, en España, hablan de pie, pero en púlpito y como si estuviesen metidos en una tinaja. Nuestros diputados hablan de pie, desde sus escaños o bancos, no sillones ni butacas, y pueden pasearse algo. Sólo el presidente habla desde su sillón o trono y sentado.

A lo que se le llama oratoria de cátedra debería llamársele oratoria de sillón. Y hay también oratoria de suelo. Con frecuencia topamos con mendigos que sentados en el suelo, en cuclillas, nos echan verdaderos discursos quejumbrosos que suelen empezar con «noble caballero!» o cosa así. Y hay oratoria de balcón.

En nuestros templos hasta no hace mucho las mujeres solían sentarse en el suelo y así sentadas oían los sermones. Desde que les han puesto bancos su actitud espiritual religiosa ante el predicador ha cambiado. La turba que le oyó a Jesús el Sermón de la Montaña no estaba sentada en bancos sino posada, en cuclillas de seguro, sobre la santa tierra. Y él no hablaba desde trono ni cátedra.

M i g u e l ã e U n a m u n o



("Caras y Caretas", Buenos Aires (R. A.), 4 noviembre 1922)

